

Confidencias

Por ROSA DE JERICÓ

Ultimamente he visto a María Luz en la calle de los Angeles. Estaba pálida, ojerosa...

¡Qué casualidad! La dije por decir algo—encontrarnos, así, de sopetón, en un barrio tan distante del nuestro!

—Dices bien; casualidades—murmuró ella turbada.

Luego me lo dijo confidencialmente, que venía de rezar en la capilla de la Medalla Milagrosa; a pedirle a la Virgen, la salud del amado que estaba enfermo.

Hacia cuatro semanas la pobrecita, que no alentaba, que no vivía, todas las horas, con la ausencia... Bien cierto es, que cuando Amor vela, como Argos-tiene los ojos, escudriñando el cielo y la tierra, había dado, por fin, en que su querido Antonio, estaba enfermo.

¡Le quería tanto, que mientras rezaba, mezclaba su nombre en sus oraciones, y le pedía a la Virgen Madre—ruega por nosotros—para mí y por Antonio ¡haz que me quiera, dale el valor que le roban, para que podamos unirnos pronto, acá en la tierra!

Yo sonreía gozosa, llena de esperanza, porque era indudable que la celestial señora ciera su plegaria, que si no fué nunca escrita ni dogmatizada, salía sincera del fondo del alma.

En la misma hora y en una habitación austera, casi monaca, en el lecho del dolor, un pobre hombre estaba luchando entre la vida y la muerte.

Rodeábanle sus familiares, con la codicia pintada en los ojos, actitud humilde, fingían una tierna solicitud, arreglándole las ropas de la cama, que en su delirio había derrengado, en la cabecera tenía un gran crucifijo, mientras alguien, muy quedo, musitaba en sus oídos, alguna cosa triste, algo sobre el «más allá» de la vida.

Pero el inteliz no quería morir, y se agarraba a la vida con todas sus fuerzas, como un náufrago, en la tabla salvadora del recuerdo... Tenía los ojos vidriosos, pegados en un ángulo de la estancia, con una fijeza como si de entre las sombras tuviera que surgir algo consolador, algo que no veían los otros en su egoísmo, algo que se aferraba fuertemente en su espíritu, para infundirle alientos, en aquella hora tremenda de turbación suprema, cuando todo parecía abandonarle, para mantenerse vivo.

Y en un momento dado, sus ojos brillaron con celestial alegría, la faz cadavérica se empurpuraba, renaciendo el color en sus yerros labios, renacía el sangre en sus venas; murmurando dulcemente con inefable ternura, un nombre querido, con gran devoción: —¡María Luz!

¡María Luz! ¡María Luz era para él todo un poema de venturoso anhelo, una naciente aurora de esperanza, que había de endulzar, que alumbraría los últimos años de su existencia, en re-

compensa de haber sido noble y generoso, recto de corazón y pensamientos!

Y con inusitada sorpresa, le vieron rehacer luego, su cuerpo fatigado y enfermo cobró nuevo brío, sus miembros se fortalecieron como si una nueva savia corriera por sus venas, devolviéndole las fuerzas perdidas, inicióse pronto la convalecencia.

Pero entonces se produjo un cambio radical en la vida de aquel hombre que por demasiado bueno fué hasta cierto punto débil, casi pusilánime, había de venir un día la reacción necesaria para darse cuenta que había sido un juguete, en las manos de los que habían fingido amor y amistad.

En adelante, bien sabría demostrar a todos lo que valía en justa compensación y quería ser el dueño y señor de su propia casa, consciente de sus deberes; un hombre de verdad.

Así se lo dijo más tarde a un amigo; por fin había comprendido que su misión no había terminado en la tierra, y quería hacer algo; algo de positivo valor, de alguna trascendencia en la vida de los mortales.

—Y no creas—le decía angustiosamente—antes de comprenderlo he sufrido mucho; hubo momentos de hondo desconuelo, en que mi corazón afectuoso buscaba en qué apoyarse y descubrí, con la consiguiente amargura, que ninguno de los que me rodeaban, me pertenecía, ninguno sentía el fatal desenlace que se acercaba a pasos agigantados, con la separación, la muerte...

«¡Ninguna lágrima de piedad! ¡Indefectiblemente, había perecido, si una remota esperanza en quien no podía engañarme no me hubiera dado el valor de afrontar el peligro, de ver claro con mis propios ojos, sacudir el yugo del pasado, para recobrar mis derechos en mal hora postergados por la hipocresía y la maldad, para volver a ser hombre, con todas las prerrogativas que había supeditado a los demás.

«¡He sido un insensato! ¡He pasado muchas veces rozando la felicidad y por apego de unos ingratos, cargado de prejuicios, la he dejado escapar!

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Noviembre de 1931.

Es tal la abundancia de los modelos y de las formas que presentan los modistos, que a primera vista resulta difícil formarse una idea clara de lo que va a llevarse. Por eso, en cuanto se ha visto todo lo expuesto, conviene recogerse, recapacitar y desear hacer lo malo, para quedarnos únicamente con lo bueno, que a nuestro juicio es lo siguiente:

Los abrigos van abotonados y casi todos llevan cinturón, a veces bastante ancho. Una vuelta solamente en las solapas, mangas muy complicadas; bocamangas de piel; una segunda manga ensanchada que cae sobre la primera y mangas de gigot para los trajes de terciopelo. En cuanto a largo, los hay de todos largos. La chaquetita de piel se lleva tanto como el abrigo, tres cuartos o sencillamente largo. Hay muchos abrigos de dos partes, la superior de terciopelo o de piel y la inferior de lana. Como nuevas, pieles se em-

plean las de foda y las de pantera y parece que el astracán va a gozar de mayor favor que nunca. También hay una innovación muy útil, que consiste en el traje sastre de invierno, de lainage muy grueso y adornado de piel.

Los trajecitos de día, de lainage, son menos sencillos y clásicos, a excepción del traje sastre. Para la tarde se emplea el satén, el terciopelo, grandes chaquetas, blusas de muselina de seda, boleros de encaje; a veces se ven volantes dispuestos en tablier y otras una sencilla blusa en forma. Por lo general, los trajes terminan en el tobillo.

Para los trajes de noche se puede hacer uso de toda la fantasía posible. Los escotes suelen ser poco importantes por delante, pero muy acentuados en la espalda; se lleva cola, una verdadera cola, de forma cuadrada o redonda. La cintura se halla bastante alta, a fin de acentuar la longitud de la falda y permitiendo lograr efectos drapados sin hacer más pesada la silueta.

Y por fin toda suerte de chucherías: manguitos muy grandes o muy pequeños, abanicos, echarpes, guantes con crispines de pieles, etc.

Hablemos ahora de un detalle muy interesante, como son los hermosos lainages que se han creado para este invierno. Su diversidad, la asombrosa variación de sus dibujos, su maravillosa suavidad, todo eso justifica su éxito. Parece resultar que para el paseo y el deporte, las mujeres tenemos predilección por esas lanitas, a las que su grueso y su aspecto rugoso no les priva de su ligereza.

Hemos visto especialmente una muestra con una diagonal de lana, cuyas rayas son tan pronto de camañen como de dos tonos. Es un tejido invernal, para el que los modistos han hallado muchas aplicaciones. Otras muestras, y en tramas misteriosamente enlazadas; los hilos aturdidos simulan el tejido esponja; más allá se ven unos hilos de seda que parecen escarchar una estameña, o los pelos de angora o los filamentos de avestruz añaden su aterciopelado a estos tejidos de una riqueza llena de vida como es la lana cuando ha sido tejida artísticamente.

Los jerseys siguen gozando de mucho favor, aunque ya resulta difícil reconocerlos a veces, tantas han sido las transformaciones sufridas. Algunos han llegado a convertirse en verdaderos encajes de lana; otros son de varios colores y en general se hacen con este tejido toda suerte de combinaciones para permitir las fantasías de la moda actual.

A. D'ENERY



Conjunto de crepe verde, la chaqueta bordada con piel y adornada en las mangas con la misma piel.



Vestido de tafetas rosa, adornado con pequeños volantes plisados.

Del poeta de los cantares

I ¡Volad, sueños juveniles, volad mucho, volad lejos, que ya no teneis asilo en el corazón de un viejo!

II Indiferente la he visto, indiferente ha llegado ¡que gran remedio es el tiempo para borrar el pasado!

III En el pecho de una ingrata busqué calor y refugio y sentí helarse mi pecho junto a las nieves del suyo.

IV Andandiciendo que hay besos que envenenan al lograrlos; ¡quiero que me dé la muerte el veneno de tus labios!

V Solito estaba contigo, y sentí unas tentaciones, que ni el mismo San Antonio debió pasarlas mayores.

VI Quiero tener tu retrato, para rezarle de noche como se reza a los Santos.

VII Como llegue a hacerme mía lo que no has visto verás y es, como quieren los hombres cuando quieren de verdad:

VIII Sé por que tus labios me guardan un beso que tras esas nubes adivino el cielo.

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR

PENSAMIENTOS

—Sólo una cosa no perdona jamás un corazón enamorado: que lo que para él es tortura de todas sus horas, sea para otros motivo de alegre charla.

—Dices que dice que soy un niño... ¿porque te adoro? Procuraré enmendarme; seré un hombre más.

—Las almas grandes, cuando quieren de veras, se dan por entero, y llegan en el culto a su ídolo a los mayores extremos, pérdida la noción de todas las cosas.

Las pobrecitas almas que sólo tienen la exaltación de un momento, quieren volar, pero ante el vacío, sienten el infinito horror de las cosas sin alas.

—En amor, querer abrazar la pasión y el cálculo, es no querer.

—La razón, ha ganado la batalla. Te felicito; pero déjame llorar todas las lágrimas que ese triunfo merece.

—¿Sabes lo que en ciertas ocasiones es la razón? Pues la vida entregada a un buen vestido, un par de zapatos caros, una carnicería y un puñado de alhajas de resplandores más o menos auténticos. Algo tan horrorosamente humorístico y necesario, como una buena digestión.

El corte y la confección

Hoy, abriendo un necesario paréntesis, voy a daros a conocer una tabla de relaciones, mediante la cual sepáis a qué ateneros al cortar las prendas.

He aquí, pues, la tabla de relaciones:

Medida del talle	Altura a que ha de colocarse el ancho de espalda
32 centímetros	14 centímetros
34 »	15 »
36 »	15 »
38 »	16 »
40 »	16 »
42 »	17 »
44 »	17 »

En esta tabla se consignan las relaciones de medida existentes en las diferentes tallas.

De suerte que, conociendo la longitud del talle, o sea el largo desde la nuca a la cintura, sepáis a qué altura debe colocarse en el patrón, o directamente en el tejido, lo ancho de la espalda.

Estas medidas relacionadas se refieren, como se deduce del número de centímetros, a prendas para mujeres. Para niñas, casi siempre ha de estar a una altura de 12 centímetros que, desde luego, comenzarán a contarse desde la nuca.

Siempre se darán tres centímetros más en el ancho de la espalda, adición precisa para las costuras.

En la medida del contorno, ya se refiera a personas mayores, ya a niñas, se sumará a lo que dé diez centímetros.

Esta suma es, como la anterior, para costuras, pues si de esta adición se prescinde, cortando con la medida justa, quedan las prendas estrechas y raquíticas.

En los casos frecuentes en que la cintura tenga un contorno de noventa a cien centímetros, se cortarán los escotes del cuello y de los brazos con una holgura de ocho centímetros más. Y en los casos extremos en que la cintura ascienda a ciento diez o ciento veinte centímetros, serán de nueve y diez de holgura.

Es imprescindible tener bien presente esta tabla de relaciones, pues ha de seros muy necesaria durante el sucesivo desarrollo de estos artículos profesionales. Su importancia estriba en la necesaria entallación de las prendas y, siguiendo el orden establecido en la tabla, se evitan las arrugas en los hombros y cintura, logrando que las prendas queden perfectamente ajustadas al cuerpo que haya de vestir.

Repito que son muy de tener en cuenta estas advertencias, pues aunque en apariencia parecen nimiedades, en la práctica no lo son.



Chaqueta de terciopelo negro, sobre un vestido de muselina impresa

EN EL TOCADOR

El mal aliento obedece en ocasiones en enfermedades en las vías digestivas o respiratorias. Mucho se disminuye usando como dentrífico una mezcla de carbón en polvo, con ácido bórico. Igualmente se aconseja masticar pedacitos de cáscara fresca de limón.

El cutis graso se corrige con agua boricada caliente y espuma de jabón blanco. Aplique luego Agua de Colonia y por la noche use esta pomadita sobre los barros.
Azufre, 10 gramos.
Glicerina, 3 fd.
Alcohol alcanforado, 20 fd.
Agua destilada, 100 fd.

DE COCINA

MODO DE CONSERVAR LOS HIGOS

Cójanse cuando estén bastante sazonados, colóquense en una vasija de piedra, de modo que no se aplasten, cúbranse luego con vino, y mientras éste se conserve bueno, los higos se mantendrán frescos.

PARA SACAR EL AGUA DEL VINO
Bastará introducir una torcida de algodón en el tonel o vasija cuyo vino quiera purificarse, dejando colgando el otro extremo, por el cual destilará el agua.

PARA CONSERVAR LA LECHE
Dos modos hay de conseguirlo; uno cociéndola por la mañana y tarde, con lo cual se conserva por espacio de muchos días, y otro añadiéndole un poco de carbonato de sosa, disuelto de antemano en agua.

PARA DULCIFICAR EL VINAGRE
Bastará con tener en infusión por espacio de doce horas una manzana pelada en la vasija del vinagre, y éste por muy fuerte que sea, se volverá dulce.

HUEVOS REVUELTOS
Se pone una cazuela al fuego con un poco de aceite y agua; cuando hierve se le echan los huevos batidos con un poco de sal, se revuelven y se sacan en seguida del fuego, porque el mismo calor los acaba de cocer.

PARA CONSERVAR TOMATES
Cuando estén medio crudos, échalos en aceite frío, y los mantendrás todo el año como si se cogieran de la mata; pero los has de coger antes de salir el sol, y el aceite sirve después para cualquier cosa.

EL GIGANTE Y EL ENANO

SONETOS

A modo de fábula

Burlábase un gigante de un enano en forma contumaz y envanecido, por no poder, el pobre, haber cogido, el fruto, desde el suelo, de un manzano.

Sintió tanta vergüenza ante el villano, y, vlóse en su presencia tan rendido, que en medio de su afrenta, decidido, en tono de venganza alzó la mano.

Fuera de sí, con alma destemplada, sin meditar siquiera ni un segundo a una silla saltó, cual ave alada, y en la faz del gigante furibundo, asedió la más fuerte bofetada que recibió criatura en este mundo.

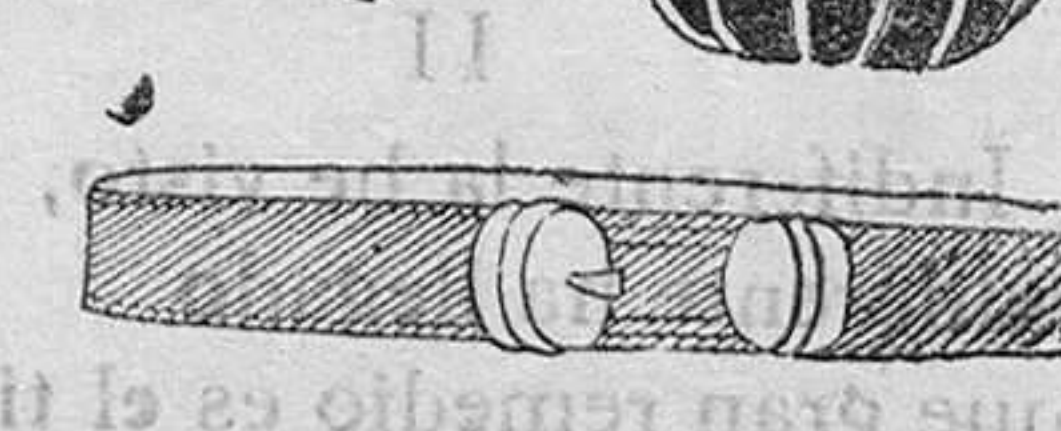
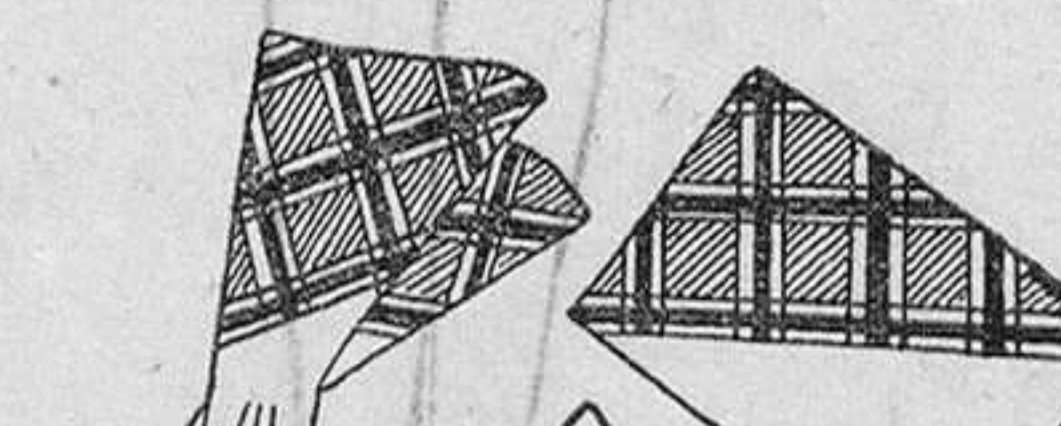
De donde, se deduce, claramente, que es un caso muy grave de locura, medir a las personas por su altura, haciendo caso omiso de su frente.

Que, en casos parecidos al presente, el genio sustituye a la estatura y nace en un pequeño una figura que vence con su ardid al más valiente.

Por lo cual, a ninguno juzgues necio, por más que en apariencia lo parezca, ni sientas contra nadie vil desprecio.

Que puede que a tus ojos se te ofrezca en forma que revele poco aprecio, y, valga más que tí; y más merezca.

SATURNINO SÁEZ.



Cinturón de cuero charolado con incrustaciones de piel blanca.
Guantes y cartera, adornados con tafetas escocés.
Corbata de astrakán negro
Sandalia de cuero color oro.
Cartera-limosnera, de cuero rojo.
Cinturón de daim marrón, adornado con dos hebillas de níquel.

IBÉRICA
El progreso de las ciencias y de sus aplicaciones.
Revista semanal ilustrada de vulgarización científica.
16 páginas semanales, abundantemente ilustradas.
Todo el mundo lee IBÉRICA porque es una Revista amena e instructiva; múltiple, variada y seria en sus informaciones; patriótica en su constante labor y la mejor enciclopedia de vulgarización científica.
Precio: 0'40 pesetas.
Véndese en Mahón en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER.—Plaza del Príncipe, 17.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

—POR—
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(21)

Consultándose ambos con una mirada rapidísima, decidieron callar. Para ciertas heridas el silencio es el bálsamo más eficaz. Y Fernando era tan susceptible, tenía un carácter tan difícil de entender que cualquier palabra dicha con la mejor intención podía de nuevo agriar el asunto.

Así pues, la quietud más absoluta reinó desde aquel instante en el gabinete. Pasado un rato el doctor se levantó para marcharse; pero el Conde tomó tal empeño en hacerle quedar al almuerzo que, por no darle un disgusto, tuvo que ceder a su capricho.

El resto del día se pasó sin que hubiese que lamentar otro incidente y cuando, al anochecer, Manuel Ardieta marchó al pueblo de Fenollar, había olvidado completamente las desabridas palabras de Fernando.

No sucedió así al culpable que, a sus solas, se acusaba de ser un necio y de haber estado a punto de ocasionar un serio disgusto al amigo paciente y a la pobre madre.

Y así sucedió que el hombre delicioso de Gloria Róspide, quedó penosamente impreso en su corazón al ir mezclado con el recuerdo de aquella molesta escena.

VI

Del Conde de Fenollar al Príncipe Romanieff

Castillo de Fenollar, diciembre...

MI querido Príncipe: La conozco ya. Si tú la hubieses visto, es seguro que habrías soñado un mes seguido con aquella belleza radiante que tiene el don de iluminar, con una ráfaga cálida y brillantísima, hasta las almas más sombrías, más muertas... ¡Qué divina mujer...! ¡Y cómo la odio y la admiro a la vez...! ¡Oh, sí!... La odio hasta el punto de haber llegado a ser grosero con ella; brutalmente grosero.

Veo desde aquí tu gesto de desagrado. Te repugna la idea a tí, tan caballeroso y tan galante. Y, sin embargo, es cierto. Soy un mísero gusano que se arrastra por el cieno de las malas pasiones, sin que mi voluntad enlence que logre realizar el deseado esfuerzo de elevarse sobre tales bajezas; y esas malas pasiones son las que, dominándome hanme arrastrado hasta el extremo de ofender a esa hermosa criatura...

Soy un estúpido, un necio un mentecato... pero hay momentos en que a su vista me ciega la cólera y los celos me roen. ¿Celos de qué...? No lo sé, pero he de acudir a toda mi fuerza de voluntad para no decirle algo enojoso o desagradable.

¡Pobre Gloria! ¡Qué mala compañía ha elegido para el largo y despacible invierno! A bien que Ardieta, el sentimental y enamorado Ardieta, sabrá hacerle agradables las interminables horas de soledad, porque sí contase sólo conmigo... ¡pobrecita...! ¡Qué malos ratos le proporcionaría mi mal carácter!

La víspera de la Purísima, llego acompañada de su padre. ¡Of subir el

auto por la espiral, y con el corazón palpitante de angustia y las piernas temblorosas, no sé si de emoción o de despecho (un despecho ridículo), espí su llegada.

Róspide se apeó y dió la mano a una mujer de mediana edad, vestida con sencillo traje sastre muy obscuro. Una doncella, sin duda. Después saltó ligera una muchacha, a quien no pude verle la cara, pero que supuse seguida era Gloria Róspide. Solamente distinguí la silueta arrogante, envuelta en una gabardina elegantísima. Abrazó efusivo mi madre y ella... Aquel abrazo muy cercano, me produjo rabia, una de esas rabias sin explicación racional que, a veces, se apoderan de mí.

Luego, nada. Se hizo el silencio. El automóvil entró suavemente en el «garage», y yo me pregunté que debía hacer; si ir en el acto a saludar a Róspide o aguardar la hora de la comida, ya muy cercana, puesto que el sol se iba tras la sierra, para verle en el comedor. Opté por lo primero. Habla sí, Alfonso tan bueno conmigo, que todas las atenciones me parecían pocas para él.

Atravesé los largos corredores, siempre con el vago temor de encontrarme con ella al final de una obscura revuelta y, al fin, después de una feliz travesía, entré en las habitaciones de mi padastro, que vino a mi encuentro con los brazos abiertos. La entrevista fué, como era de esperar, muy afectuosa, pues yo, que soy hombre tenaz en mis afecciones, he cobrado a Róspide un verdadero cariño. Me encontré mejorado de aspecto, algo más nutrido, con buen color... Le dije que realmente era así, que me sentía más aliviado, y entonces aquel hombre bueno, a quien siempre recordaré con amor, me abrazó tiernamente y me dijo, tuteándome por primera vez, con una inconsciente familiaridad, que me encantó por lo espontánea:

—¡Ya verás... ya verás! Creías que te tratamos a Fenollar para enterrarte en el panteón de tu familia... No, pobrecito, no. Te trajimos para darte la vida... ¡y te la daremos!

Y aquel «pobrecito», que en boca de otra persona me hubiese parecido un insulto (porque la compasión me irrita), sonó dulcemente en mi oído. Dulcemente, como una caricia paterna...